

Joan Margarit

Josep M. Subirachs

**La sombra del
otro mar**

Joan Margarit
Josep M. Subirachs
**La sombra del
otro mar**

Selección, versiones castellanas y prólogo de
Joan Margarit

Edición bilingüe

Nørdicalibros
2020

© Joan Margarit

© Josep M. Subirachs, VEGAP, Madrid, 2016

© De la traducción y el prólogo: Joan Margarit

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición en cartón: marzo de 2020

ISBN: 978-84-18067-55-6

Depósito Legal: M-5605-2020

IBIC: DCF

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

(Alcobendas, Madrid)

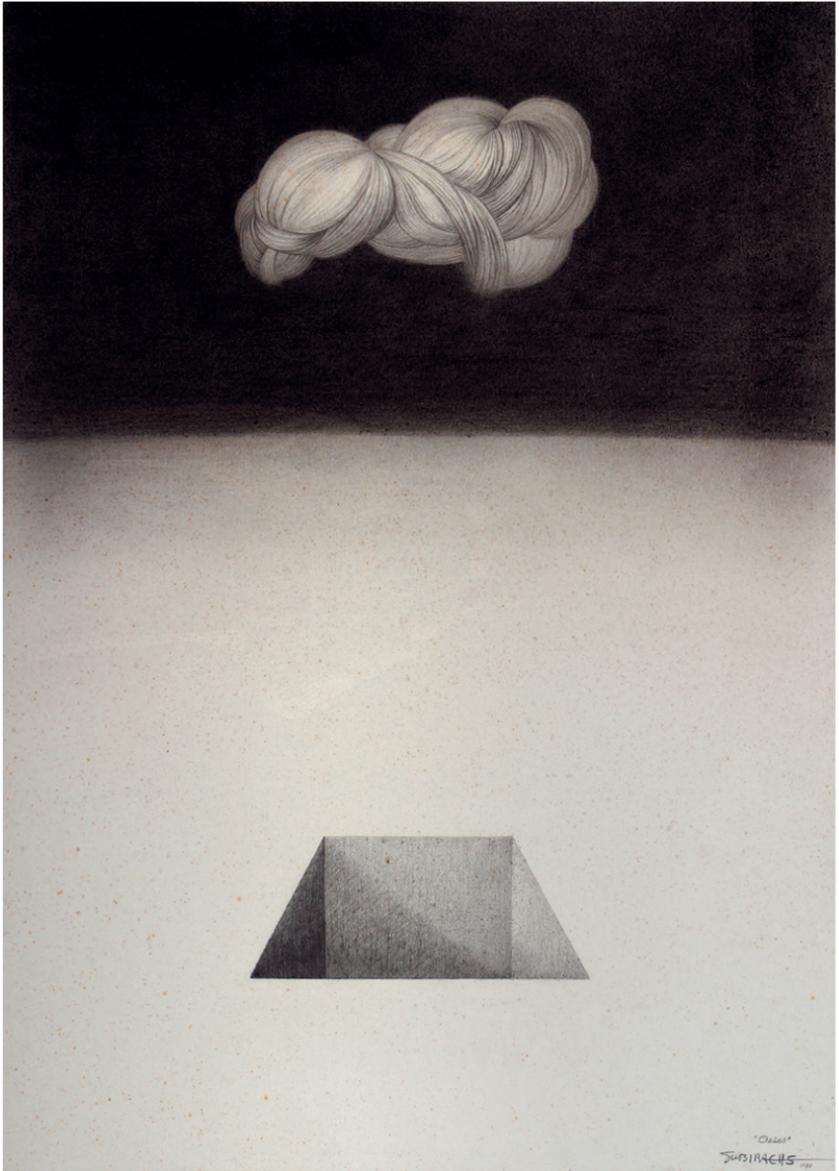
Diseño de colección y

maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra

y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



PRÓLOGO

UNA LARGA AMISTAD

Conocí a Josep Maria Subirachs a finales del año 1962. Yo tenía veinticuatro años y era un estudiante a punto de empezar el último curso de Arquitectura, a la vez que un joven poeta desconocido, y él era un escultor de treinta y seis años, con una obra importante y reconocida. Había puesto, hacía cinco y dos años las dos primeras esculturas abstractas en las calles de Barcelona, la *Forma 212* en la avenida de la Vall d'Hebron y la formidable y delicada *Evocación marinera* en la Barceloneta, y en 1961 había terminado la magna fachada y las cuatro puertas de bronce del santuario de la Virgen del Camino, en León. El año siguiente, en 1963, inauguraría el bellísimo monumento a Narcís Monturiol en la confluencia de la avenida Diagonal con la calle Girona, también en Barcelona.

Aquel 25 de septiembre de 1962, se habían producido las graves inundaciones del Vallés, que causaron entre seiscientos y un millar de muertos, y se estaba en plenas labores de reconstrucción. En Rubí, uno de los pueblos afectados, mi padre, arquitecto de la delegación de Barcelona del Ministerio de la Vivienda, coordinaba la actuación de esta entidad, que consistía,

entre otras obras, en la construcción de un puente sobre la Riera, una obra cuyo proyecto y dirección estaban encargados a Carlos Fernández Casado, uno de los grandes ingenieros de la época.

Aquellos días yo ayudaba a mi padre en aquellos trabajos, y cuando propuso un monumento conmemorativo a las víctimas de la riada en el propio puente, allí es donde conocí a Josep Maria Subirachs. No puedo recordar cómo llegó a recibir el encargo de aquel monumento: seguramente mi padre tuvo mucho que ver en ello, pero no recuerdo ningún detalle. Solo nos veo a él y a mí hablando de arte y poesía en Rubí, por la zona donde se había de construir el puente, con el interés que solo se nos despierta cuando está teniendo lugar el descubrimiento de un espíritu afín con el que nos parece tener preparado desde siempre un vocabulario especial.

Josep Maria propuso incluir en el monumento —en mi opinión uno de los más emotivos que creó— un texto breve que explicase la tragedia y los sentimientos que habían llevado a erigirlo, y propuso también que yo lo redactase. Así lo hice, y siento no haberlo conservado: las *autoridades* opinaron que era mucho más adecuado poner unos párrafos de un discurso del Caudillo, el general Franco.

Pero yo ya había hecho un amigo, a pesar de que entonces no sabía que sería para toda la vida. Josep Maria estaba casado desde 1955 con Cecília Burgaya y yo me casé en 1963 con Mariona Ribalta. La amistad, ahora ya a cuatro, solo la rompió la muerte,

primero de Cecília, en 1994, y después la de Josep Maria en 2014. Entonces vivían en la calle de la República Argentina de Barcelona, pero se trasladaron muy pronto a la casa de la carretera de la Arrabassada, que había construido para ellos el arquitecto Antoni de Moragas Gallissà. Nosotros vivíamos en un pequeño piso de la calle Sardenya, y aquella casa grande con jardín era casi siempre el lugar de los encuentros mientras nuestros hijos fueron pequeños.

Josep Maria facilitó que yo publicara mis dos primeros libros de poemas dirigiéndome a su amigo, que pronto lo sería también mío, el editor Pere Vicens, que los publicó con dibujos, claro, de Josep Maria. Aquellos libros eran muy malos poéticamente hablando pero, cuando los veo, siempre me traen el recuerdo de la buena gente que a su alrededor ayudó a que se publicaran, encabezados por el gran escultor y amigo que ahora añoro, el hombre que más fe tuvo en mí como poeta, ya en una época en que yo todavía no la merecía. Transmitió su confianza a Pere Vicens y a la madre de este, Roser Rahola, a Camilo José Cela, que escribió el prólogo del primer libro, al crítico Àngel Marsà. Cuánto agradezco todavía aquel afecto desinteresado. Ojalá mi obra no haya decepcionado a ninguno de ellos.

Mariona y yo todavía recordamos a menudo aquellas acogedoras tardes de domingo que, cuando oscurecía, se prolongaban en la cena, en la cocina de aquella casa donde, en su piso más bajo, tenía el taller Josep Maria. Siempre bajábamos hasta allí todos juntos en

un momento u otro. Allí él nos mostraba los últimos bocetos, las últimas maquetas de grandes esculturas o las piezas de pequeño formato que a mí me entusias- maban. Es tan personal la obra de Josep Maria que nos es difícil toparnos con cualquier cosa, desde una gran escultura a un pequeño dibujo, sin que nos vengan a la memoria tantas y tantas veladas, las conversaciones, los ojos y los gestos nerviosos, socarrones de repente, de Josep Maria, y la sensatez y la acogedora alegría de Cecí- lia. A Mariona y a mí siempre nos parecía que habían educado tan bien a sus hijos que nosotros queríamos hacerlo así con los nuestros.

Josep Maria y yo hablábamos mucho de pintura y escultura y de poesía, y eso solíamos hacerlo en su taller, adonde yo iba a menudo solo, del mismo modo que Mariona se veía muchas veces con Cecí- lia. El año 1986 fue muy importante para nuestro amigo porque recibió el encargo de llevar a cabo las esculturas de la fachada de la Pasión del templo de la Sagrada Familia, previo el montaje, en la misma obra, de su taller y de la nave para la ejecución de las grandes figuras de piedra. Casualmente, por aquella misma época, mi socio Carles Buxadé y yo habíamos comenzado a calcular, proyectar y dirigir las obras de la estructura del templo que quedaban por hacer y estábamos empezando todos los pilares y bóvedas de las grandes naves proyectadas por Antoni Gaudí. Fue una época difícil para las dos familias, pero nunca se rompió nuestro afecto ni las visitas y conversaciones.

La muerte de Cecília en 1994 fue un golpe para todos. Los hijos ya eran mayores, la vida hacía los estragos que le tocaba hacer, pero los que quedábamos continuamos todavía muchos años nuestra relación. En el tramo final de su vida, fue perdiendo la fuerza física necesaria para esculpir. Su fuerza interior, sin embargo, estaba intacta y la dirigió hacia la pintura: muchas de las obras que aparecen en este libro son de esta época. Yo iba por la mañana al viejo taller, ahora rodeado de un jardín verde oscuro, alto y frondoso. Mirábamos y discutíamos uno por uno los cuadros, que él disponía a nuestro alrededor. Después, generalmente, íbamos a comer a un restaurante cerca de la casa, donde continuábamos la conversación.

Y allí, en su barrio, en una residencia asistida donde tuvo que ser internado al final de sus días, vi por última vez a Josep Maria. Cuidado, vigilado amorosamente por su hija Judit. No sé si todavía me reconoció, pero no pronunció ni una sola palabra. Los tres, de alguna manera, hicimos oficial una despedida: él con su silencio, yo con mi consternación y Judit con la ternura y la inteligencia que, a Mariona y mí, tanto nos recuerdan a Cecília. Judit, hoy, la experta más importante en la obra de su padre. La niña que había estado presente corriendo y saltando por aquella iglesia, la más fea de Barcelona, la peor implantada urbanísticamente, en la plaza de San Gregorio, donde por circunstancias civiles, tan complicadas a veces del franquismo, nos casamos Mariona y yo, en una gélida ceremonia. Ella

le dio calor con su alegría infantil. Éramos cuatro gatos, algunos de ellos, por supuesto, los Subirachs.

JOAN MARGARIT
Sant Just Desvern, febrero de 2016

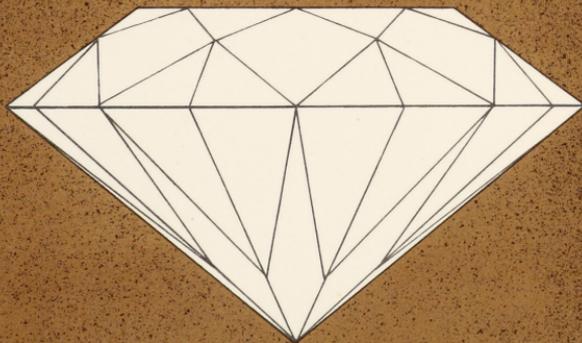
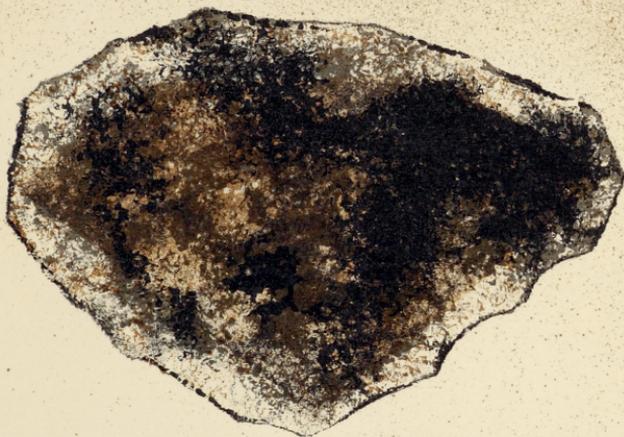
LA SOMBRA DEL OTRO MAR

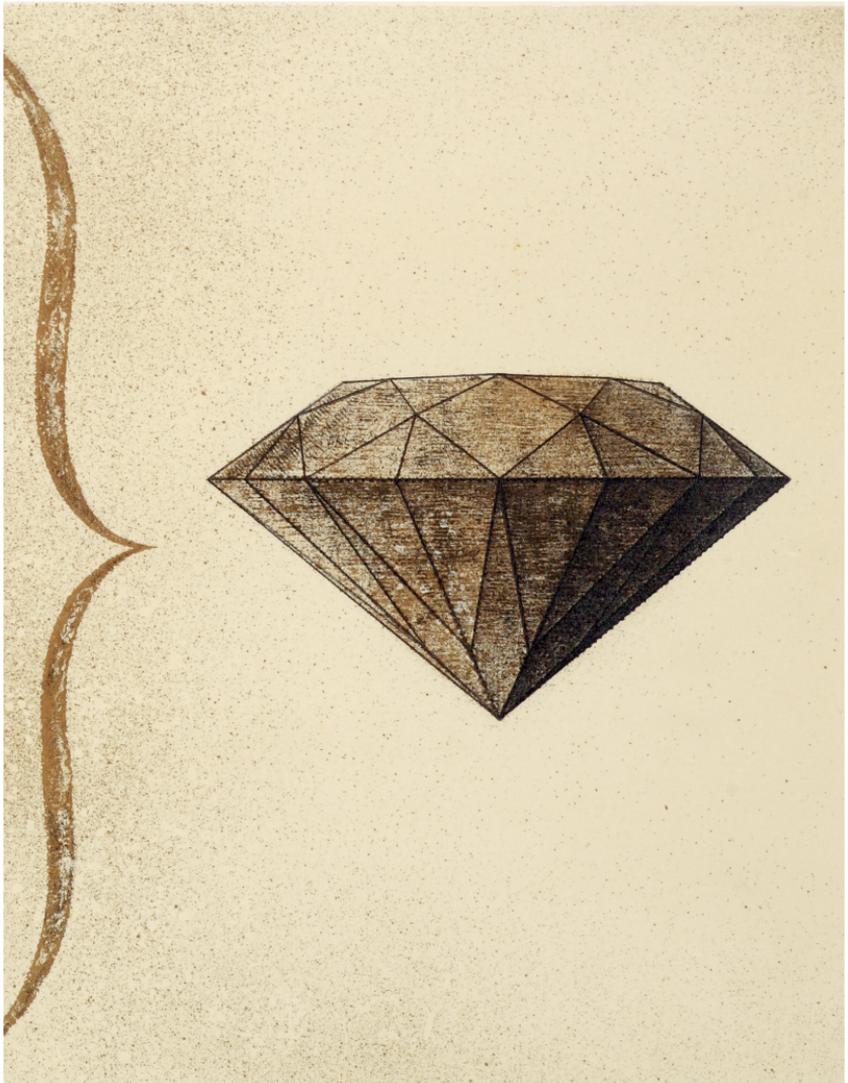
INFIERNO

A Josep Maria Subirachs

Imagina una noche de verano
junto al mar, entre sábanas tendidas,
la luna traspasando barandas en el patio,
y sombras de alambradas en la piel
para escribir la música de un sueño.
Imagina las islas con olivos,
sus colinas de mármoles y muerte
donde Leonardo reina, condenado
por un matiz de rojo que jamás consiguió.

*(De Restos de aquel naufragio,
1975-1986)*





RAQUEL

Te enseñaron a hacerlo todo bien.
Al jugar, obediente, te ibas acostumbrando
a lugares seguros que muy pronto
te fallarían, ya que el orden es
igual de peligroso que el desorden.
Son las habitaciones cerradas de una niña,
las corrientes de aire, los portazos
en una casa donde ya no hay nadie.
Vienes desde muy lejos con tu sonrisa tímida,
desde un mundo tranquilo en blanco y negro
con tu madre y la estufa de carbón
en una galería con cristales
muy finos a través de donde huía
la calidez de un tiempo, hacia el frío
del cielo azul de un patio de manzana.
Te fuiste acostumbrando
a no confiar en ti. A no saber
qué habías hecho mal para que ahora volviera
con palabrotas que no habías dicho
y gestos de desprecio que nunca fueron tuyos.
Porque has sabido amar, pero la vida
cuánta muerte ha traído hasta tus ojos.
Hoy transmiten de nuevo la tímida ternura
de aquella niña buena en blanco y negro
que aprendió a hacer tan bien todas las cosas
para salvar así,
después de muchos años, nuestro amor.

(De *No estaba lejos, no era difícil*, 2010)

